

ALFAGUARA



Rodrigo Rey Rosa

Los sordos

Pero ¿cómo el poder oculto se las arregla para designar,
contar o confinar a quienes ha condenado?

MAETERLINCK, *La vida de los termes*

Nota del autor

Es posible, es deseable, que dentro de unos años los lectores no recuerden el significado de algunas expresiones que aparecen en estas páginas de ficción y que son comunes en el habla guatemalteca actual. Las PAC (Patrullas de Autodefensa Civil) fueron creadas por el Ejército de Guatemala como parte de la política contrainsurgente. Sólo entre 1982 y 1983 se involucró en éstas a más de un millón de campesinos, en su mayoría indígenas mayas de quince a sesenta años de edad. Así se constituyó un ejército de civiles que acabó con el sistema de autoridad indígena y se convirtió en una forma de control de las comunidades mayas. Quince años después de finalizado el proceso de disolución de las PAC, las acciones de estos exparamilitares (exPAC) aún afectan a las comunidades rurales guatemaltecas. Kaibiles se llaman los soldados de élite del Ejército de Guatemala adiestrados para llevar a cabo operaciones especiales. Amnistía Internacional ha registrado múltiples denuncias sobre violaciones a los derechos humanos perpetradas por exkaibiles. Como la trama lo exigía, hice una somera investigación (procedimiento que suelo eludir) para llegar a conocer, siquiera de forma rudimentaria, el milenario sistema de justicia maya. Me complace agradecer, por sus generosas y pacientes explicaciones, a José Ángel Zapeta García, tata de Totonicapán y estudiante de Leyes en la Universidad de San Carlos de Guatemala, y a Juan Tzoc Tambriz, que me recibió junto con otros tatas en su despacho de la Casa de la Autoridad Ancestral Maya de Nahualá, que es posiblemente el sitio originario del *Título de los señores de*

Totoncapán (1554) y uno de los centros más importantes de jurisprudencia maya. El *tz'ite'* es el «envoltorio sagrado» que debe consultarse antes de entablar un juicio o iniciar una curación; el *solonik*, una práctica jurídico-espiritual que podría traducirse como «deshacer los nudos». También debo agradecer a mis amigos y familiares que han servido como modelos —o médium o vehículos— para soñar los sueños dirigidos que son la sustancia de este prolongado ejercicio de imaginación.

Prólogo

En San Miguel Nagualapán había tres kichés de condición humilde —una anciana y sus dos nietos— que viajaban todas las semanas a la laguna para vender metates en miniatura a los turistas. Como el padre había emigrado al Norte y la madre abandonaba periódicamente a sus hijos para ir a cortar café en una finca de la costa, la abuela paterna, que era viuda, cuidaba de ambos niños.

El niño era sordo y había perdido el dedo índice de la mano izquierda. Él mismo se lo cercenó al errar un golpe de cincel, mientras labraba una piedra volcánica para hacer un metate. La niña, de tres años, solía viajar a espaldas de la vieja envuelta en un perraje, a la manera de los kichés.

Andrés se comunicaba con su abuela por medio de un lenguaje de señas conocido desde siempre en la región, donde la sordera no es motivo de vergüenza. «Tienen poderes —decían algunos—. Conocen otros mundos, los sordos».

Su mundo era riquísimo en sensaciones, entre las cuales el cariño envolvente de la abuela, que se desvivía por él, era una de las principales. Era un lugar lleno de formas, olores y sabores, pero sin sonidos, pues su oído interior también era inexistente.

Había nacido en un día *chuen*, el día del Mono. Ésa era su suerte, su agüero —habían dicho los tatitas, los nahuales. Era hábil para todo tipo de oficio, artístico o no, y de genio amigable, como los monos, despreocupados y graciosos, pero también prudentes, maestros de imitar cualquier cosa, decían.

Los jueves y los domingos, días de mercado, solían hacer el viaje a la laguna rodeada de volcanes. Con las piedras de moler en un matate, los kichés bajaban muy temprano por el sendero que llevaba de la aldea a la carretera, y tomaban el transporte de las seis, un viejo autobús escolar pintado con los colores y los nombres locales, para bajarse en Tierra Blanca o Los Encuentros, donde se bifurcan los caminos. Allí subían en un picup que los llevara a uno de los pueblos de la laguna, donde había toda clase de turistas o *kaxlanes*, como llaman los kichés a la gente de piel clara. En su lenguaje de señas, la abuela le había explicado a su nieto que venían de otra parte del mundo y que eran como fantasmas: poderosos, caprichosos y a veces malos —como los que se habían apropiado de las tierras de los abuelos y las abuelas y los habían obligado a enterrar sus ídolos y quemar los lienzos con figuras que contaban sus historias, o los que desentrañaban la Tierra para sacar metales preciosos. Pero también había otros que podían convertirse en amigos —o que al menos compraban sus pequeños metates, transportados trabajosamente hasta el mercado.

Un domingo por la mañana a mitad de diciembre, el picup sobrecargado en que viajaban por el tortuoso camino de San Marcos se encontró, en una curva, con un remolque volcado. Para evitar embestirlo, el conductor dio un frenazo y un viraje demasiado brusco; el picup quedó llantas arriba a un lado del camino. La niña resultó muerta. La abuela, que perdió momentáneamente la conciencia, la recuperó en un puesto de salud en Sololá, adonde la llevaron en una ambulancia improvisada con otros campesinos malheridos. Pero Andrés, el niño sordo, desapareció.

Primera parte. Los sordos

Guardaespaldas

I

1

A media tarde, don Claudio bostezó.

Alzó la vista para mirar por la ventana del estudio, un cuarto amplio con anaqueles y archivadores en dos paredes y una computadora —que apenas usaba— en un rincón. La ventana daba a un patio rebosante de plantas tropicales: aloes, filodendros y orquídeas que enmarcaban una curiosa fuente de piedra de lava (seca desde hacía por lo menos cinco años), obra de su hija Clara.

Había legado en vida a sus dos hijos una pequeña parte de su fortuna, que era inmensa. Existían ya tres testamentos; en cada versión nueva la parte que dejaba al varón había ido reduciéndose. Ahora, lo había decidido, iba a legar lo que quedaba (salvo una especie de diezmo destinado a la beneficencia vasca y una reserva personal para los pocos años que aún tenía por delante) a su primogénita Clara. Para no dar al fisco más dinero del que había tributado ya, haría el traspaso en vida y en forma de acciones, aunque según sus nuevos abogados ésta era una maniobra de dudosa legalidad. Pero al respecto —había decidido— no había nada más de que hablar.

Estaba cansado. La amable tiranía ejercida sobre sus familiares y empleados había durado más de cinco décadas. Ignacio, el varón, había optado por un alejamiento pacífico de la casa paterna, mientras Clara soportaba el yugo en silencio y con resignación filial.

—Pero no, papá —le dijo.

—¿No? ¿No, qué? Tú harás lo que quieras con todo eso. Puedes regalárselo al vago de tu hermano, si te place. Pero cuando yo esté muerto, ¿está claro?

—No entiendo —dijo Clara.

Tenía hambre y estaba de mal humor. El dolor de la cadera, que se haría operar dentro de poco, lo atormentaba. Continuó:

—Lo hago para liberarte. De este país, sobre todo, que ya no es lugar para vivir. (Ni para hacer fortuna decentemente, como la había hecho él, pensó.) Si no fuera tan viejo, y si tu madre estuviera aún, nos iríamos a otra parte. No lo dejo por escrito, pero debes saber que mi deseo es que una vez me hayas enterrado, te vayas de aquí.

Los ojos de Clara se llenaron de lágrimas.

2

Revisaba cuentas sentado a su escritorio, una gran mesa de caoba, y de pronto sintió como si su difunta esposa, Catalina, hubiera detenido su andador detrás de él para inclinarse sobre sus hombros. Trazó dos líneas rojas debajo de una figura de ocho dígitos y alzó los ojos al reloj que tenía enfrente.

«¿No quieres dejar eso? La comida está servida», habría dicho Catalina.

Guadalupe, la sirvienta, una mujer bajita y regordeta envuelta en su corte mam azul marino, apareció a la puerta. Traía en una mano un teléfono inalámbrico de modelo obsoleto que, desde que el anciano usaba celular, ya casi nunca sonaba.

—Lo buscan, don Claudio —dijo.

A sus ochenta cumplidos, don Claudio seguía siendo un hombre de intuiciones. Lo que sintió al recibir el aparato de manos de la pequeña Lupe no presagiaba nada bueno.

«Diga.»

«¿Claudio Casares?»

«¿Quién lo busca?»

Un clic, la línea muerta.

—¿Quién era? —quiso saber la sirvienta.

—Nada. Un payaso.

—Uno más, querrá decir.

Don Claudio trazó otra línea roja debajo de otra figura. Cerró el libro de cuentas y, lenta y dolorosamente, se puso de pie para tomar el andador que Guadalupe había puesto a su alcance. Andando despacio, un paso ahora, otro después, salieron al corredor y se deslizaron por el suelo de parqué de cedro y palo blanco hacia el pantry, que estaba más allá de la cocina.

«Me preocupa —solía decir la difunta cuando hablaban de Clara—. Está tan sola».

«Ella eligió esa vida. No podemos cambiarla.»

«Si al menos tuviera un hijo —solía insistir—. Pero ya es un poco tarde».

Acerca de esto no la contradijo nunca.

Se sentó a la mesita circular del pantry y la pequeña Lupe le sirvió la sopa. Tomaba cucharada tras cucharada en silencio, cuando el teléfono volvió a sonar.

—¡No vayás a contestar! —le gritó don Claudio a Lupe, y agregó en voz baja—: Quiero cenar en paz.

El timbre sonó varias veces todavía, y luego el silencio lo envolvió.

«Voy a suprimir ese teléfono», dijo entre dientes después de un momento.

3

Estaba solo en el estudio. Tomó su celular, que había dejado sobre el libro de cuentas, y marcó el número de Clara, pero no obtuvo respuesta. «Necesito hablarte», dijo al buzón de voz.

Una gota de rocío se deslizó hacia abajo por la pendiente verde de una hoja de falso jengibre, y a su paso engulló otra gota con una voracidad animal. Resultó una gota más gorda, que siguió descendiendo para engullir más gotas en el camino hasta formar una pequeña serpiente cristalina, que siguió descendiendo cada vez más deprisa hasta precipitarse por el ápice de la hoja inclinada.

Clara llegó tres horas más tarde.

—Te tomaste tu tiempo.

—Estaba en la U.

—Claro. Es lo más importante.

—Tenía exámenes.

—Está bien. Pero siéntate, si tienes tiempo.

—¿Se siente bien? —le dijo Clara.

—Estoy bien —se miró la cadera—. Me duele, sí, pero no más que antes. Es de otra cosa de lo que te quiero hablar.

—Lo escucho.

Adoptó de pronto la actitud magnánima. Los rasgos de su cara, grande y redonda, se relajaron plácidamente cuando dijo:

—He pensado mucho en lo que te voy a pedir.

La observó echarse hacia adelante en la silla de oficina, la mirada atenta.

—Hoy hubo más llamadas.

—¿Amenazas?

El viejo asintió. Dijo:

—Tu madre se preocupaba mucho por ti. La entristecía que estuvieras tan sola.

—Lo sé. ¿Qué puedo hacer? —un leve gesto de tristeza.

—Yo también me preocupo.

Clara movió la cabeza dubitativamente.

—En verdad. Quiero que me hagas un favor.

Un momento de silencio. Iba a refugiarse en su interior, pensó, iba a cerrar las compuertas.

—Quiero que consigas a alguien que te cuide.

Clara sonrió. Dijo:

—¿Un guardaespaldas?

—Un esposo sería más de mi agrado —bromeó—, pero está bien, por de pronto, un guardaespaldas.

—No, papi.

—¿No? Te estoy pidiendo un favor, Clara —había visto venir este momento; no lo deseaba—. Sí, un favor —no elevó la voz; era un tirano, pero amable.

—Y si no acepto —dijo Clara—, ¿tiene cola?

El viejo asintió. Clara se quedó mirando un rato la fuente seca del otro lado de la ventana.

—Está bien —dijo después, y miró a su padre, la boca ligera, inadvertidamente retorcida—. Gana usted.

Había rabia —pensó el viejo— en esa voz.

—Pero yo voy a escogerlo —agregó Clara.

—¡Y ahora ganas tú! —dijo él con excelente humor.

Sobre el autor

Rodrigo Rey Rosa nació en Guatemala en 1958. Después de abandonar la carrera de Medicina en su país, residió en Nueva York (donde estudió Cine) y en Tánger. En su primer viaje a Marruecos, en 1980, conoció a Paul Bowles, quien tradujo sus tres primeras obras al inglés. Entre sus novelas y libros de relatos, traducidos a varios idiomas, destacan *El cuchillo del mendigo*; *El agua quieta* (1992), *Cárcel de árboles* (1992), *Lo que soñó Sebastián* (1994, cuya adaptación cinematográfica dirigida por él mismo se presentó en el Festival de Sundance del 2004), *El cojo bueno* (Alfaguara, 1995), *Que me maten si...* (1996), *Ningún lugar sagrado* (1998), *La orilla africana* (1999), *Piedras encantadas* (2001), *Caballeriza* (2006), *El material humano* (2009) y *Severina* (Alfaguara, 2011). Ha sido traductor de autores como Paul Bowles, Norman Lewis, Paul Léautaud y François Augiéras. Su obra le ha valido el reconocimiento unánime de la crítica internacional y el Premio Nacional de Literatura de Guatemala Miguel Ángel Asturias en 2004.